



LA VIRGEN DARÁ A LUZ A UN HIJO

4º DOMINGO DE ADVIENTO – CICLO A

«La Virgen concebirá y dará a luz a un hijo, que será llamado Dios-con-nosotros». El evangelio de hoy recoge una antigua profecía de Isaías. El rey Acáz no osa pedir una señal a Dios, pero Dios se la ofrece. ¿Qué señal es? Una joven dando a luz a un niño. Parece que de Dios deberían esperarse señales sobrenaturales o espectaculares, signos inequívocos de su grandeza y poder. Pero una virgen dando a luz... ¡Cada día nacen millones de niños en el mundo! ¿Qué hay de extraordinario en ello? ¿Qué hay de prodigioso?

Cuando Dios se hace hombre, se encarna y es concebido en el vientre de una madre, como cualquier niño. Y además lo hace en el seno de una familia modesta, en un pueblo pequeño, en un rincón insignificante del vasto Imperio Romano. Dios no viene al mundo al son de trompetas, rodeado del lujo de un palacio o el prestigio de una familia real. Esto nos dice mucho de la forma de actuar de Dios. No quiere avasallarnos ni someternos con la evidencia de su poder. Dios actúa en la historia, siempre. Pero lo hace con inmensa delicadeza y respeto, con discreción, incluso en el silencio y en el secreto. No quiere forzar ni un ápice nuestra libertad. Así es como Dios va trabajando, valiéndose de medios naturales y humanos, del sí y la cooperación de personas como María y José. Personas normales y corrientes como nosotros, llamados a vivir una vida renovada desde la fe en Cristo, como dice San Pablo.

Tanto José como María supieron ver las cosas en profundidad. Supieron leer lo sagrado oculto tras lo cotidiano. Supieron entender el lenguaje de Dios, con palabras humanas y sentido divino. Detrás de la concepción del niño comprendieron la obra del Espíritu Santo. José y María son los primeros ciudadanos del reino de Dios, el mundo resucitado, libre de culpas y males. Un mundo que está gestándose, como el bebé en el vientre materno, llamado a vivir la plenitud de Dios.

Los grandes misterios no están aparte de la realidad llana y sencilla de cada día. Más bien nuestra realidad es una parte de un gran misterio: el plan de Dios para el universo y para nosotros. Un plan que comienza con la creación y da un salto con la encarnación de Jesús. Lo hermoso de este plan es que Dios, en todo momento, cuenta con nosotros.